



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XI II

DECAÑO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12365

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península - Un mes, 2 ptas. - Tres meses, 6 id. - Extranjero - Tres meses 11'25 id. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. - La correspondencia a la Administración

Redacción y Administración Mayor, 24

SABADO 14 DE FEBRERO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. - Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL

37 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA - SEGUROS contra INCENDIOS.

Redirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA, Cabales 15

Huelga fracasada

Ha fracasado la huelga general. Se ha intentado en tres puntos y en ninguno de ellos ha podido llevarse a efecto.

En Reus han hecho los anarquistas titánicos esfuerzos para realizarla; en Barcelona se ha realizado una activa propaganda con el mismo fin; en Cadiz se ha trabajado con igual objeto; pero ni en Reus, ni en la capital de Cataluña ni en la perla gaditana se ha logrado producir lo que solo una vez por sorpresa se produjo en la ciudad conatal: el paro forzoso de todos los oficios.

Débase esa actitud de resistencia a los mismos trabajadores, pues no hay que olvidar que están divididos en dos bandos: el que sigue las inspiraciones del jefe socialista Pablo Iglesias y el llamado anarquista que no tiene mas bandera que la revolución.

Doquiera se promueve una huelga y toma incremento; allí están los amigos de la violencia esforzándose por propagarla; pero allí están también los socialistas impidiendo que las cosas se saquen de quicio. Por eso ha fracasado el paro general en Reus, Barcelona y Cadiz. Sin su resistencia a dejar el

trabajo, se hubiese producido un gran conflicto y los buenos oficios de las autoridades se hubiesen estrellado ante el «no quiero» del trabajador.

El gobierno debe tener en cuenta ese elemento que, sin ponerse de su parte, le ayuda a restablecer la paz cuando se altera. Es natural que ayude porque sabe que en la lucha social no le conviene recurrir a la huelga sino en caso extremo; pero al gobierno le conviene también no dar margen a que llegue un día en que considerándose abandonados los obreros socialistas, se pasen al opuesto bando.

De lo ocurrido en el reciente intento de huelga general deben sacarse grandes enseñanzas. La lección que nos da la experiencia no debe ser perdida y es que una parte del elemento obrero no hace causa común con la revuelta, deben los que dirigen la nave del Estado dictar disposiciones mediante las cuales puedan vislumbrar que el mejoramiento que persiguen no es utópico ni existe el prejuicio de impedir que avancen por la pacífica y la lucha legal lo que está dentro de la justicia y la razón.

La tendencia socialista se impone; dentro del gobierno hay ministros que se dejan llevar, como le ocurre al señor Dato. En la pren-

sa, periódicos de gran circulación como «La Correspondencia de España» y «El Imparcial» instan al Gobierno a que haga labor en beneficio de la clase obrera, y la primera de dichas publicaciones decía anteayer que la debe realizar sin descanso antes de las Cortes, con las Cortes y después de las Cortes.

Seguramente no desoira el gobierno esos estímulos de la opinión; mas, como prenda de buena voluntad, debiera comenzar la labor antes del primero de Mayo, fecha en que por causas que todos conocemos pudieran repetirse los intentos de paro general.

TIJERETAZOS

Hablando de la labor del Sr. Maura dice «El Nacional», el periódico de Romero Romero:

«No hay en los nutridos anales de la farisa política, otro caso de comedia como éste, ni memoria de ningún charlatán más deslucido que el revolucionario por arriba.»

¡Atizal!
Si no supiéramos que la política no tiene entrañas nos enteraríamos ahora.

El Sr. Maura acaba de perder a su madre.

En la Escuela Normal de Maestros de Pontevedra, han sido declarados cesantes tres profesores por carecer de títulos.

La directora ha sido suspendida.

¡Y los demás, qué!
Hacemos la pregunta porque sospechamos que alguien lo toleraba.

¿Quién era el cacique?

No hay periódico que no dedique tres ó cuatro columnas diarias al relato de las sesiones que celebra el jurado para ver la causa de Cecilia Aznar.

Parece mentira que ante ese burdo crimen se sacrifiquen cuestiones de mayor interés.

Como no hay nada nuevo que decir, nada se ha dicho.

Y como nada tiene que añadir la información a lo que conocíamos ya, nos están sirviendo una comida flambé que nos va a producir indigestión.

Leemos:

«La semana que viene se reunirán los tucanistas para acordar el camino que deben seguir.»

Ya sabemos cual es.

El de la presidencia para ofrecerse al presidente del consejo.

Lo peor de todo es que éste tiene sus candidatos y le será imposible hacer ya huecos.

MICROSCOPICAS

¡Pobre niño! Mientras corre de un lado para otro cogiendo las monedas que el público le arroja, la madre espera la sentencia fatal que puede ser de muerte.

¿Qué sabe él ahora de las cosas del mundo? Le hacen caricias compasivas y rie; le besan y se deja besar.

¡Qué contraste! El hijo inocente pregona á gritos su infantil alegría al recoger del suelo las monedas. La madre culpable pregona su terror en su faz al recoger en sus oídos las declaraciones de los peritos médicos que van evocando en su mente aquel lúgubre día en que arrancó la vida á un hombre.

El público contempla conmovido al chiquitín; y al compadecer su desgracia y pensar en el motivo de la misma, lleva su pensamiento al estrado y abarca en un solo movimiento de piedad al hijo y á la madre.

Eso debe ésta á aquél, que no podrá acordarse nunca de su madre sin experimentar en las mejillas el calor de la afrenta.

¿Qué sabe él ahora de las cosas del mundo? Ya se enterará cuando su inteligencia se despierte.

Ya será hombre y no habrá para él miradas compasivas ni movimientos de piedad. Tal vez ni por el nombre se le llame. Porque sobre el que le pusieron en la pila, le ha dado este afán la que le dió el ser:

«El hijo de la Cecilia.»

¿Qué sabe ese pobre chiquitín de las co-

sas del mundo ni de lo que guarda de amargo para él?

Raul.

CURIOSIDADES

Una emoción

Un guardabarrera de un pueblecito situado entre Génova y Lona recibió hace pocos días una extraordinaria emoción.

Al paso de un tren fué sorprendido por una lluvia de billetes de Banco.

Cuando se disponía ya á recogerlos, el expreso que acababa de pasar, paró de repente, y un viajero bajó con precipitación declarando al guardabarrera que los billetes se le volaron por la ventanilla en el momento que los contaba.

Encontráronse todos los billetes, y el viajero, que era un diplomático alemán, regaló 100 francos al guardabarrera y se volvió á su tren.

Casamientos siglo XX

Cuarenta y ocho jóvenes casaderas del Condado de Kakomo Irán en breve á Rugby (Dakota del Norte), á casarse allí con hombres á quienes no han visto en su vida.

Mr. Walters escribió á un periódico del Condado que tenía en Rugby 500 hombres dispuestos á casarse si encontraban mujeres.

No tardó mucho en recibir un centenar de cartas de otras tantas del sexo débil, que se manifestaban dispuestas á rendirse en brazos de Himenno.

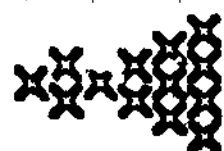
Significó á esto una activa correspondencia entre ellas y ellos, y poco tardará en verificarse los matrimonios.

Decíamos á los contrayentes toda suerte de felicidades.

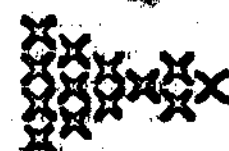
Botonos carnosos

M. Guillot, oficial de la administración de Trabajos públicos, acaba de tener una idea tan singular como ingeniosa.

Pensó que, habiéndose reunido en el campo de Bolonia más de 100.000 votadores de la República durante la época en que el primer cónsul preparaba la ejecución de su plan, sería fácil encontrar en aquel sitio algunos objetos pertenecientes á uniformes, en especial botones, tan fáciles de perder.



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 204

UNA CORTA EN EL BOSQUE 205

que ahora le pasa es esombroso, ha perdido la vena, la chana á tourné—dijo al fin, volviéndose hacia mí.

Al principio habíamos escuchado á Gnekow con atención complaciente; pero al oír nueva frase francesa que nos soltaba, nos apartamos involuntariamente de su lado.

—Mil veces he jugado con él, y convendría en que esto es raro—dijo el teniente O... recalando particularmente la última palabra.—Es extraño de toda extrañeza. En mi vida he ganado con él un céntimo. ¿Cómo es que cuando juego con otros gano?

—Paul Dmitrijevitch juega á la perfección, le conozco mucho tiempo hace—dije yo.

Realmente hacía varios años que yo conocía al ayudante, le había visto más de una vez jugando partidas superiores á los recursos ordinarios de los oficiales, y me había encantado su bella fisonomía, algo seria, pero invariablemente tranquila; su lenta pronunciación, propia de los naturales de la Pequeña-Rusia, sus lindos arreos y sus hermosos caballos, la flexibilidad exenta de precipitación de sus movimientos, y sobre todo, el arte y la moderación con que jugaba tenidosa y sgradablemente. Varias veces (tengo que confesarlo por vergüenza mía), al ver cómo sus blancas y carnosas manos, con la sortija de brillantes en el dedo, lanzaba las cartas una tras otra, sonando al caer en la montana) contra aquélla sortija, con

tra aquellas manos blancas, contra la persona toda del ayudante, y se me ocurrían horribles ideas contra su persona; pero reflexionando después á sangre fría, volví á convencirme de que era simplemente un jugador más hábil que los otros con quien yo jugaba. Además, cuando se oía su opinión general sobre el juego, que no se debía retroceder cuando se veía engrosar la corta puesta de salida, que la primera regla del juego era no jugar más que dinero ostante, etcétera, etc., resultaba de toda evidencia que no ganaba sino porque era más hábil y tenía más sangre fría que todos nosotros. Ahora ocurría que aquel jugador tan tranquilo, tan dueño de sí mismo, había perdido al juego en aquella expedición, no sólo su dinero sino también sus objetos personales, el último uso de la pérdida del juego para un oficial.

—Tiene una suerte del demonio cuando juega conmigo—siguió diciendo el teniente O...—Muchas veces me he dado la enhorabuena de no jugar ya con él.

—¿Qué peregrinos tan especial hacéis, pa'rcito!—dijo Sch... volviéndose hacia O... y haciéndole una señal con la cabeza.—¿Acabáis de perder trescientas monedas de oro en un momento!

—¡Más!—exclamó con viveza el teniente.

—Y ahora os ponéis en la razón... algo tarde, padreito. Todos sabemos en el regimiento, tiempo ha-